

¿Qué le pedimos al 94?

SE inicia un año y con él retornan sueños no cumplidos, nuevas esperanzas y hasta se repite el rito mismo del soñar. Se expresa la ilusión por un futuro que nos sea propicio. Unos levantarán su copa, otros elevarán sus oraciones al cielo y otros muchos harán una lista de deseos. Pasado el momento eufórico de la fiesta, la realidad va imponiendo con tozudez su clima. La realidad no sólo son luces. Hay también sombras, que confieren validez a la frase de Pietro Metastasio **«El temor y la esperanza nacen juntos y juntos mueren»**. Nos sentimos incitados a refugiarnos en nuestro mundo personal e inmediato. Pero los rayos de luz que, aunque tenues, se vislumbran desde la misma oscuridad, nos evocan otras palabras, de sentido contrario:

«La esperanza es un riesgo que debe correrse, el más arriesgado de todos. No es satisfacción propia, sino la más grande y difícil victoria del hombre sobre su alma»
(George Bernanos).

Deseamos paz para todos los hombres. Los medios de comunicación nos informan de una Sarajevo sitiada en la que ni siquiera se respeta la tregua navideña. Sin embargo entre las imágenes de dolor, descubrimos a mujeres y hombres que, desde los derruidos hospitales, desde el camión que transporta en medio del fuego cruzado, víveres, medicinas,

ropa... más allá de sus propias fuerzas e imbuidos de un profundo sentido de solidaridad, intentan paliar el dolor y el hambre de los niños, ancianos y mujeres acosados por una guerra insensata.

ESTE conflicto bélico es sólo uno de los tantos que perviven en el tiempo o de los que amenazan con desencadenarse en un mundo que, en ocasiones, da la impresión de asentarse en la violencia y en el afán destructivo. No se ha apagado el fuego de un conflicto y ya se está prendiendo otro. Pero en todas las zonas de conflicto, notamos la presencia silenciosa de personas de buena voluntad que intentan paliar el dolor de sus hermanos. En el conflicto no sólo hay francotiradores y asesinatos gratuitos. Hay también médicos, enfermeras, voluntarios, misioneros, cascos azules... integrantes de las activas ONGs, que anteponen a sus comodidades la urgencia de los realmente necesitados.

Deseamos un mundo de igualdad. Apenas ha terminado de nacer el nuevo año y ya en las primeras horas se desencadena en Chiapas una rebelión que nos recuerda la sujeción de millones de personas a una gleba cada vez más empobrecida por los imperativos «macroeconómicos» que siguen favoreciendo a caciques y a terratenientes. El 93, Año Internacional del Indígena, se cierra así con el triste balance de muerte de aquellos aborígenes que, supervivientes del hambre y de la destrucción sistemática de sus entornos naturales, prefieren anticiparse, en un gesto desesperado, a su propio fin. Por supuesto que México no es más que una muestra de las enormes diferencias sociales. Sólo en Iberoamérica, el capitalismo neoliberal «triumfante» arroja un saldo de más de ochenta millones de indigentes y de casi doscientos millones de «nuevos pobres». Casi un 60 por 100 de la población iberoamericana.

Pero lo sorprendente del conflicto trajo consigo otra novedad: la rápida respuesta internacional de las voces críticas, cada vez más altas y más numerosas, que se constituyen en defensores de los derechos humanos. Estas mismas voces, que hasta ayer

clamaban inútilmente en el desierto, han obligado incluso a reconsiderar el valor de la negociación y del diálogo, y de la necesidad del restablecimiento de la paz mediante la búsqueda de la solución de las causas. Es como si el concepto mismo de «derechos humanos» adquiriese una nueva dimensión: tomamos conciencia de que más allá de los casos de persecución política, la pobreza y la marginación social suponen un claro atentado contra la dignidad humana. Comprendemos mejor —¿por fin?— que la defensa de los «derechos humanos» pasa también por la lucha contra la pobreza de los olvidados y que en esta tarea podemos y debemos colaborar todos.

Deseamos bienestar para todos los seres humanos. Los tres mil millones de pobres y los mil quinientos millones de analfabetos del planeta; la muerte diaria de cuarenta mil niños que son víctimas del hambre endémico del Tercer y Cuarto Mundo, de la falta de agua potable y de las mínimas condiciones de salubridad; las enfermedades «de siempre» de la pobreza o las nuevas —el Sida afecta a cerca de diez millones de personas del mundo subdesarrollado y sigue extendiéndose—, son datos que continúan hiriéndonos sin que se alcancen todavía soluciones definitivas. Nuestro estado de bienestar de Primer Mundo que, atemorizados, vemos tambalearse, agudiza el contraste y el propio sonrojo ante nuestras quejas...

A pesar de ello, volvemos los ojos a nuestro entorno inmediato y las paradojas, por cercanas, se agudizan. El ministro de Economía inaugura el año con la pomposa frase «Año Nuevo, Economías Nuevas» y nos exhorta al optimismo con palabras de dudosa credibilidad como «el crecimiento económico es un hecho». Apenas se abre el 94, nos sorprenden —a traición— los incrementos en las tarifas de la electricidad y en todo el transporte público; el proceso de destrucción de empleo sigue su marcha imparable hacia los temidos cuatro millones de parados... Las promesas de austeridad en el gasto muestran su fragilidad frente a la carrera alcista del déficit público —de los casi dos billones de 1992 de pesetas se pasó a los más de tres del 93— que

llegará con seguridad a los cuatro billones de pesetas en este año... Y el número de pobres —ese incómodo indicador de la crisis real— sobrepasa en nuestro país los ocho millones...

Sin embargo, en este denostado Primer Mundo del que formamos parte crece el número de quienes se niegan a aceptar plácidamente el incumplimiento de las cuotas de ayuda a los países más desfavorecidos, y de los que reclaman que los subsidios concedidos lleguen sin mengua a sus destinatarios para que de verdad contribuyan al desarrollo de las regiones más deprimidas. Y de ese Primer Mundo proceden también los miles de generosos benefactores cotidianos que escogen la solidaridad «in situ», al lado de los que sufren, de sus urgencias inmediatas, con la convicción de que la responsabilidad de la genérica humanidad comienza en uno mismo.

Deseamos que el amor inunde todos los corazones. Los viejos fantasmas del racismo y de la xenofobia que se creían superados, resultan hoy tan reales como las pandillas de «cabezas rapadas» europeas y sus agresiones a los inmigrantes o a los que simplemente creen «distintos». Hasta surge de las urnas rusas un líder que reivindica su filiación nazi junto a la necesidad de una tercera guerra mundial.

No obstante, las lecciones que la Vieja Europa ha recibido en el pasado no han sido en vano: a la repugnancia que despiertan los actos de agresión se suma la labor callada y sostenida de muchos grupos de creyentes, parroquias, voluntarios seculares, que trabajan en favor de dominicanos, marroquíes, peruanos, guineanos... Grupos de jóvenes dedican gran parte de su tiempo libre a reunir víveres, ropa o juguetes para los inmigrantes. Son puntos de luz, pequeños quizá pero numerosos, que reconcilian con el género humano y abren la puerta hacia la esperanza en un mundo nuevo más solidario.

Si hablamos de amor para la infancia, en nuestro país de mundo desarrollado hay maneras de maltratar a los niños, más o menos sutiles o bárbaras. Quizá no se llegue a situaciones como las sufridas por los niños de las calles de

Bogotá o Río. Sin embargo los casos de víctimas de nuevas y sofisticadas dependencias como la teleadicción pueden alcanzar consecuencias imprevisibles. Sin llegar a la adicción, lo que se ofrece a sus ojos inocentes desde los medios rezuma violencia, perniciosidad, mal gusto ético y estético. Y si nos referimos a la juventud, a pesar de planes «estrella» de rehabilitación o de combate contra el tráfico, los drogodependientes forman legión de marginados entre jóvenes cada vez más jóvenes.

PERO algo está cambiando también en este sentido. Padres, profesores y periodistas son paulatinamente más conscientes de su responsabilidad educativa y de los derechos inalienables del niño. Se aglutinan en torno a asociaciones y grupos de trabajo que ya no se avienen pasivamente a que estos derechos sean quebrantados impunemente. El voluntariado activo en favor de los marginados, de los drogodependientes, se nutre ahora de los propios afectados que comprenden que la mejor ayuda a sí mismos procede de la que se brinda al prójimo.

Cabe entonces preguntarse, después de la algarabía inicial y de los claroscuros percibidos **qué es lo que en verdad le pedimos al nuevo año:** ¿lo que deseamos?, ¿lo que esperamos? ¿O tan sólo nos limitamos a recordar lo que necesitamos o lo que nos queda por hacer para sobrevivir? Detrás de cada esperanza se agazapa una desilusión. Ante la aparatosa superioridad de las sombras, muchos nos sentimos tentados de decir simplemente «que me quede como estoy». Instalándonos plácidamente en la utopía podríamos confiar en el milagroso advenimiento de un mundo nuevo. Podemos también sumergirnos en la decepción con el pretexto de que nada se puede hacer. Los dos caminos son igualmente estériles. Ni debemos dejarnos deslumbrar por las luces ni sumergirnos en las sombras.

A pesar de éstas, podemos al menos animarnos a pedir:

— que esta sociedad humana desnortada y en crisis recupere su cordura, los valores que ha ido negando progresivamente y la imprescindible dimensión ética;

— *que los responsables políticos, sociales, económicos y espirituales de esta realidad tomen conciencia de su obligación respecto de los hombres, sus hermanos;*

— *que la solidaridad no sea identificada por algunos con un tipo de «hacer caridades» lastimero e ineficaz. La solidaridad en toda su amplitud es un decidido e imprescindible valor humano.*

Y que las luces brillen con mayor intensidad que la negrura de las sombras:

— *que la clara conciencia de nuestra responsabilidad y de nuestras posibilidades en la lucha contra el hambre, la pobreza, el dolor y la ignorancia de los otros genere la acción provechosa en favor de quienes sufren estos males;*

— *que la imaginación, la entrega y la capacidad de los que ya han descubierto el poder de la solidaridad iluminen a quienes aún lo ignoran.*

ELEGIMOS la esperanza. Aun con su riesgo. Necesitamos imperiosamente esta victoria. Por eso nos confirmamos en nuestros deseos iniciales: **Paz, Igualdad, Bienestar, Amor, Prosperidad, Salud del cuerpo y del alma, para todos los hombres, para todos nosotros y para todos nuestros hermanos.**